CUADERNOS historia 16

Esparta

Pedro Sáez, J. F. Rodríguez Neila, Lorenzo Abad y A. Blanco



14

125 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
REDACTOR JEFE: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-85229-80-0, tomo II.
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Máscara de bronce, procedente del templo de Ortia, en Esparta, siglo VII a. C.

Indice

Un pueblo de guerreros

Por Pedro Sáez Fernández
Profesor de Historia Antigua. Universidad de Sevilla

A pesar de la distancia temporal que nos separa de la antigua Esparta, la sola mención de su nombre despierta aún un recuerdo de gloria militar, de austeridad, de disciplina, de férrea organización estatal. Para el historiador Esparta es también un capítulo de la Historia muy sugestivo.

La geografía de Esparta no explica ni con mucho el sistema político-social-económico que adoptó este estado en la antigüedad. No le negamos cierta influencia, pero ni el marco geográfico del estado, ni los recursos de que dispuso predestinaron su organización. Lo mismo creemos que sucedió con los demás estados griegos.



Soldado espartano (figurilla del siglo VI-V a. C. Museo Británico, Londres)

En esa geografía, dos son los nombres que más repetidamente encontramos entre los escritores que aluden al paisaje laconio: el río Eurotas y las montañas del Taigeto. El Eurotas fluye, precisamente, entre el Taigeto y el Parnón, la otra cadena montañosa de Laconia, creando un estrecho aunque fértil valle sobre todo en su curso medio, donde se asentó la ciudad de Esparta.

Ambas cadenas montañosas terminan formando dos penínsulas que enmarcan el golfo lacónico. Las montañas del Peloponeso central se encargan de cerrar el valle de Laconia por el norte.

Pero no podemos limitarnos sólo a Laconia cuando una región colindante por el este, la Mesenia, tuvo su destino unido a Esparta durante siglos. Zona fértil, regada por el río Pamisos y sus afluentes, y, sin embargo, no explotada en todas sus posibilidades por los lacedemonios.

Los orígenes

Si la ciudad de Esparta no ha librado restos arqueológicos anteriores al siglo IX a. C., no ocurre lo mismo con Terapne o Amiclea, ciudades de la Laconia con abundantes restos de época micénica.

Estos aqueos, usando el étnico empleado por Homero, o protohelenos como también se les llama, parece que alcanzaron el Peloponeso a comienzos del segundo milenio o quizá algo más reciente, según se desprende de ciertos elementos nuevos que se mezclan con la influencia que ejerce la Creta minoica.

La naturaleza de estos aqueos está aún lejos de ser claramente definida si tenemos en cuenta su relación, según últimas tendencias históricas, con los dorios.

Es precisamente a los dorios a quienes se atribuye la formación del estado espartano. La sustitución y sometimiento —si hubo tal— de los aqueos por los dorios es capítulo de la historia griega que aún obtiene interpretaciones encontradas. El mismo nombre de dorios se acepta por los investigadores de manera un poco convencional.

Es en el mito del retorno de los Heráclidas donde encontramos la primera interpretación al profundo cambio que se produce en el Peloponeso hacia el 1200 a. C.

Según el mismo, los dorios, procedentes de la Dorida y anteriores ocupantes de la Ftiotide,

REGIONES DE LA ANTIGUA GRECIA

Límites aproximados del territorio griego
Límites de las regiones
1,2,3 LOCRIDA
4 DORIDA
5 MEGARA

hacia el siglo XII u XI a. C. según los cálculos genealógicos que los antiguos indicaban y bajo la guía de los descendientes de los Heráclidas, habrían vuelto a su territorio de origen, el Peloponeso.

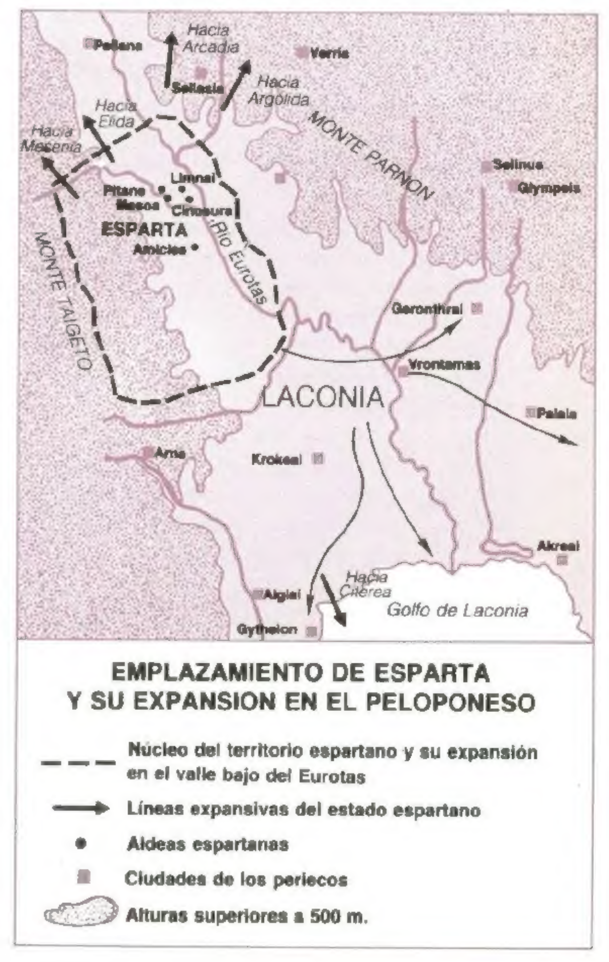
Los tres jefes de los dorios serían Temeno, Cresfonte y Aristodemo que, llevando a su pueblo hasta el golfo de Corinto, habrían cruzado el mar en Naupacto y avanzado hacia Laconia y Mesenia a través de la Argólida, sometiendo a sus habitantes.

A Temeno, según la tradición, le correspondió la Argólida, a Cresfonte Mesenia y a los dos hijos de Aristodemo, Eurístenes y Procles, la Laconia. Esta tradición es, a grandes rasgos, la que conocemos como invasión doria o aún como el retorno de los Heráclidas.

En la antigüedad, esta tradición fue aceptada como verdadera y aún se sigue manteniendo por una parte de la investigación histórica actual. El descubrimiento de la época micénica y su aparentemente inexplicable e improvisado fin, vino a añadir nuevos defensores de la tradición.

Es indudable que el mundo griego, a partir de los comienzos del siglo XII a. C. experimenta un cambio profundo: las majestuosas tumbas micénicas son abandonadas, los castillos de los príncipes caen en ruinas y la arquitectura entra en regresión o casi en abandono al igual que la

Mapa de la región de la antigua Grecia (arriba) y emplazamiento de Esparta y su expansión en el Peloponeso (abajo)



pintura o la escultura, con cambios en los estilos artísticos y con la desaparición de la escritura.

Estos cambios bruscos parecían la mejor confirmación a la tradición de la invasión doria y de hecho, como ya hemos dicho, aún se sigue pensando así por parte de ciertos estudiosos de reconocido prestigio.

La tesis opuesta a esta invasión tiene su origen en las teorías del estudioso alemán K. I. Beloch, que piensa, con fundados argumentos, que los cambios que se producen a comienzos del siglo XII a. C. habría que explicarlos por causas internas, no por invasiones. Esta es la segunda tendencia, con más o menos variaciones, que sigue otra parte de la crítica actual.

En todo caso, la fundación de la ciudad de Esparta no parece ser anterior, por los datos arqueológicos de que disponemos, al siglo IX a. C. Se supone que para esta fecha ya dominaría la llanura formada por el alto valle del Eurotas, aunque las luchas que marcan la consolidación del estado espartano se presenten muy oscuras.

La expansión lacedemonia

A partir del siglo VIII a. C., Esparta acometerá una política de expansión en el Peloponeso que va a desembocar, al cabo de algo más de siglo y medio de luchas, en la hegemonía lacedemonia en la península.

Los capítulos principales de esta expansión quizá debamos verlos en lo que la tradición historiográfica antigua llamó las guerras de Mesenia. Estas se nos han conservado bastante fabuladas en Pausanias que, alejado temporalmente de los hechos, utilizó como fuente dos epopeyas alejandrinas escritas por Mirón y por Rhianus.

La primera de estas guerras se presenta como una invasión de los espartanos en las ricas tierras de Mesenia con el fin de anexionarlas a Laconia. En ella, según Pausanias, el héroe mesenio es Aristodemos, quien, a pesar de su resistencia en el monte Itome, sucumbe a las armas espartanas. La anexión de Mesenia trae aparejada la conversión de sus habitantes en ilotas o siervos, sin ningún tipo de derechos y bastante oprimidos.

Los beneficios de esta anexión parece que fueron acaparados por la nobleza espartana. Ello habría dado lugar a algunas disensiones internas en la misma Esparta si nos atenemos a lo que la tradición establece cuando nos describe los motivos que impulsaron la fundación colonial de Taras o Tarento en la península italiana.

Hacia la segunda mitad del siglo VII a. C., según la cronología más aceptada, tiene lugar la llamada Segunda Guerra de Mesenia, ateniéndonos también en este caso a la terminología de Pausanias.

La causa de la misma se cree fue una revuelta de los mesenios contra el yugo lacedemonio. Parece que costó bastante sofocar esa revuelta. El éxito espartano se achaca, según la tradición historiográfica antigua, a la traición del rey de Orcomenos, uno de los aliados de los mesenios.

Esta Segunda Guerra de Mesenia marca uno de los hitos fundamentales de la historia de Esparta, e inaugura una nueva época. Su fin significa el comienzo de una serie de reformas tanto políticas como económicas e ideológicas que configurarán el estado espartano en sus aspectos más característicos.

A esta segunda guerra está asociado el nombre de Tirteo. Sin entrar en detalles de su origen, que Atenas parece atribuirse, este poeta, de cuya obra se han conservado algunos fragmentos, representa el primer especimen de poesía patriótica.

Sus llamadas al valor, a la abnegación de los soldados, a la defensa de su tierra, tienen gran interés para el conocimiento histórico de la época. Por una parte, muestra que el ejército espartano estaba en un estado de conmoción y desorden como no volveremos a encontrarlo más tarde en época clásica. Pero también hallamos una concepción nueva, la del soldado-ciudadano luchando hombro con hombro con sus compañeros para defender el suelo patrio.

Esto implica un cambio profundo puesto que la transformación de la táctica militar trajo consigo que los esfuerzos individuales pasaran a tener menos valor que la fuerza disciplinada de combatientes solidarios.

Como Aristóteles ya entrevió, esta nueva táctica había arrastrado cambios políticos entre los que quizás el más importante era el acceso de un mayor número de personas al gobierno del estado. En todo caso, la poesía de Tirteo predica una estrecha moral y un sacrificio total del ciudadano a su ciudad.

Liga del Peloponeso

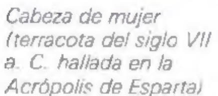
Pero si ello era propio de un estado de guerra, no es menos cierto que en la vida cotidiana también quedó este ideal que un sistema de leyes, tradiciones y usos consagró, y que tuvo por fin el sometimiento del individuo a la comunidad y la preeminencia de las virtudes guerreras por encima de todo. Esto no es más que lo que se ha dado en llamar la constitución de Licurgo.

Pero las guerras de Mesenia no significaron en absoluto el fin de la política de expansión de Esparta en el Peloponeso. Sus objetivos inmediatos se centraron en la Arcadia y la Argólida así como en la Elide, es decir, el resto de la península peloponesia.

Sin embargo, la política de anexión dará paso a partir de este momento a la de alianzas, no sin recurrir a la fuerza en caso de oposición a las mismas. En realidad, eran tratados firmados con dichas ciudades, pero siempre Esparta en régimen de preponderancia.

A mediados del siglo VI a.C. y mediante este sistema de anexiones y alianzas, Esparta creaba





Cabeza de mujer (terracota del siglo VII a. C. hallada en la Acrópolis de Esparta)

Cabeza masculina (relieve en marfil, siglo VII a. C., procedente del templo de Artemis Ortia, Esparta)

lo que los modernos han llamado la Liga del Peloponeso. Esta Liga se basaba en una serie de tratados de cada una de las ciudades con Esparta, unidas a su vez en un pacto federal entre sí.

En principio estaba garantizada la plena autonomía de las ciudades confederadas, que no pagaban tributo ni recibían guarniciones espartanas. Después del siglo v a. C. estas condiciones se endurecerían.

Su principal órgano decisorio, ya que no existían magistrados federales, era la asamblea federal, en la que cada ciudad tenía un voto. Esparta tenía prácticamente asegurada la mayoría, dado que las pequeñas ciudades, por temor, siempre votaban sus resoluciones.

Fue este largo período de expansión y, sobre todo el posterior a la llamada Segunda Guerra de Mesenia, el que forjó de forma casi estable ya a fines del siglo vi a. C. el sistema político espartano. Sistema político que condicionó los avatares bélicos del siglo v a. C. y de los que Esparta no pudo beneficiarse en toda su medida por la fuerza misma de sus instituciones.

Las guerras médicas

Buena prueba de ese prudente egoísmo espartano fue el caso omiso que hicieron al tratado de alianza que habían firmado con Creso, rey de Lidia (550 a. C.) cuando los persas destruyeron este reinado. Lo mismo ocurrió cuando el rey persa Ciro aplastó la revuelta de las ciudades griegas de la Jonia, limitándose a observar la situación y a proferir vagas amenazas contra los persas.

Bien es verdad que Esparta se había erigido en Grecia como la mayor combatiente contra las tiranías y buena prueba de ello fue la ayuda prestada a Atenas para derrocar al tirano Hippias. Sin embargo, los errores de Cleómenes, rey espartano autor de la gesta, pusieron en peligro la misma liga por sus intenciones contra los progresos de la nueva democracia ateniense.

Indudablemente Esparta combatía las tiranías no para favorecer democracias, sino un sistema político afín al suyo: la oligarquía.

En la primera expedición persa contra Grecia fueron los atenienses los que tuvieron que librar en solitario la victoriosa batalla de Maraton (490 a.C.) ante el retraso en la llegada al teatro de operaciones de las tropas espartanas. Retraso que Esparta justificó por motivos religiosos y rituales.

Cuando los griegos tienen conocimiento de la segunda campaña persa, de unos efectivos muy considerables, se disponen a establecer una estrategia con el fin de contrarrestarla. A pesar de que el mando tanto por tierra como por mar queda en manos de Esparta, en teoría la mayor potencia militar griega del momento, surgen serias disensiones entre los aliados helenos.

Los espartanos consideraban que había que hacer frente a los persas en el istmo de Corinto. Quedaba patente que no querían alejar el grueso de su ejército fuera del Peloponeso ante el temor, constante entre los espartanos, de revueltas de ilotas.

Sin embargo, y ante la presencia inminente de los persas, cedió a la voluntad de los aliados en cuanto a defender la Grecia central. Aun a sabiendas de que era empresa perdida, Leónidas se dispuso a defender el paso de las Termópilas.

Pero de nuevo, y aduciendo razones religiosas, el número de espartanos en esta empresa fue muy reducido: sólo trescientos. El resto estaba compuesto por aliados.

El valor y la disciplina militar espartana quedaron, claramente de manifiesto, pero fueron insuficientes para detener el gran ejército persa. Leónidas y sus trescientos espartanos sucumbieron en la empresa.

Siguiendo la estrategia del ateniense Temístocles, el Atica fue abandonada; la batalla se planteó por mar con aplastante victoria griega en Salamina. Mientras, los peloponesios defendían el istmo.

Al año siguiente, tras invadir los persas el Atica, los espartanos retrasaron de nuevo su ayuda ante las insistentes peticiones de los atenienses. Sólo cuando atisbaron intentos de firmar la paz con los persas pusieron en marcha su ejército que, unido al ateniense, derrotó a los invasores en Platea (479 a. C.) poniéndose de relieve el valor militar espartano.



Escultura espartana del siglo V a. C. hallada cerca de la Acrópolis y que se supone uno de Leónidas

La posterior batalla naval de Micala y el castigo infringido a la ciudad de Tebas por su alianza con los persas concluyeron la guerra con victoria griega.

Los años que siguen a Platea están marcados en Esparta por la figura de Pausanias y por las revueltas de los aliados pertenecientes a la Liga del Peloponeso. Y todo ello en ese espacio de tiempo, que Tucídides llama la Pentecontecia, en el que Atenas aprovecha de forma exhaustiva el éxito conseguido en las guerras médicas.

La creación de la liga ático-délica le da predominio en toda Grecia y le lleva, según Tucídides, a una *inevitable* guerra contra Esparta.

El estado lacedemonio no supo aprovechar su participación en las guerras médicas. De nuevo la situación de su política interior determinaba su política exterior. Los temores a revueltas y su muy particular estructura económica, campesina y pastoril, dieron vía libre a Atenas para obtener todo tipo de beneficios.

En cuanto a Pausanias, con una personalidad un tanto extraña, trató de hacer su política particular creando recelos tanto en Atenas como en Esparta. Su mayor error, que pagó con la muerte, fue activar una revuelta de ilotas, lo que en Esparta presuponía ir en contra de los cimientos mismos del estado.

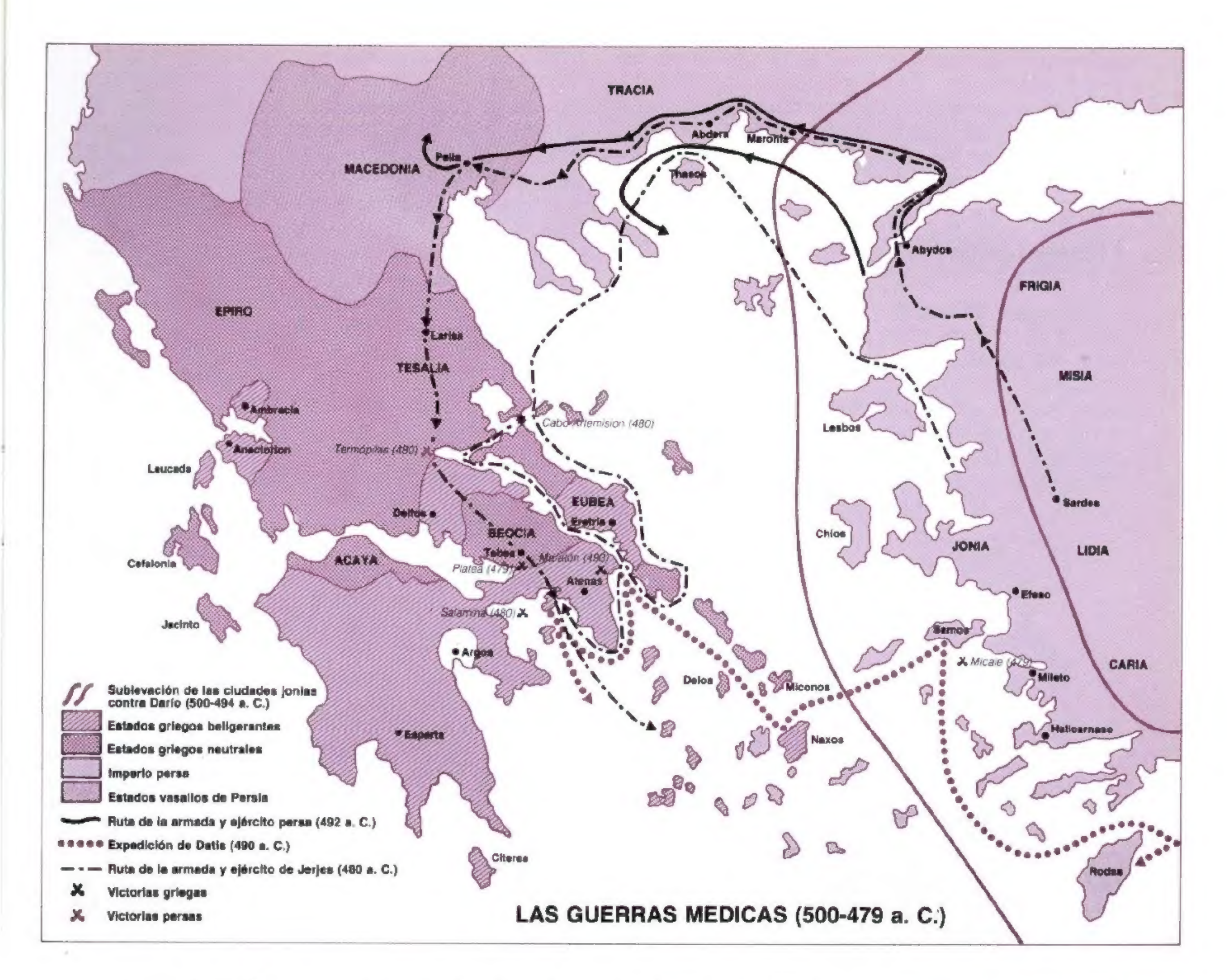
No menos problemas les creó la política filodemocrática de Temístocles, el estratega ateniense, en el Peloponeso y que marca, junto con la reconstrucción de las murallas de Atenas (Muros Largos), el comienzo de los roces entre los dos estados. Ni siquiera la ayuda prestada por Atenas a Esparta en la revuelta de los ilotas de 464 a. C. pudo ir subsanando esas diferencias.

Las guerras del Peloponeso

Mucho se ha escrito sobre las causas que desencadenaron las guerras del Peloponeso. Como punto de arranque para los investigadores actuales está la obra de Tucídides, historiador contemporáneo de los hechos, que cifra los orígenes en el imperialismo ateniense y su potencia naval tras las guerras médicas. Para él, era inevitable el choque entre las dos potencias griegas.

Aunque el planteamiento de Tucídides ha sido y es aún objeto de discusión entre distintos estudiosos, no podemos ignorar la carga ideológica que acompañó a estas guerras.

Atenas trataba de imponer la democracia en los estados de su liga. A ello se oponían los oligarcas todavía en el poder en algunos estados, mirando esperanzados a Esparta, *leader* de la oligarquía. Habría también que añadir las



presiones financieras que Atenas ejercía sobre sus aliados, a diferencia de Esparta.

Los roces directos comenzaron cuando Atenas firmó una serie de tratados que amenazaban los intereses de Corinto, aliado peloponesio, en el golfo del mismo nombre. Esparta no intervino hasta el 457 a. C. con el fin de establecer su dominio sobre la Beocia, zona en conflicto.

Aunque el éxito acompañó a los espartanos, éste fue efímero puesto que Atenas recuperó prontamente el dominio de esta zona y comenzó a inquietar a los lacedemonios en las costas de su país. Diversos choques en la Grecia central llevaron a las dos potencias a firmar la paz de los treinta años (446 a. C.) no sin antes haberse presentado los espartanos ante las puertas mismas de Atenas.

De nuevo los intereses de Corinto fueron la causa de la reanudación de las hostilidades. Será Arquídamo el que ostente el mando militar peloponesio. En repetidas ocasiones se presentará ante los muros mismos de Atenas devastando sus campos mientras los atenienses se dedicarán a una guerra de piratería en las costas del Peloponeso consiguiendo algunas plazas fuertes y capturando en una de estas ocasiones a 120 espartanos en la isla de Esfacteria.

Estos espartanos serán una de las causas de la firma de la paz de Nicias. Tal era la crisis demográfica que atravesaba Esparta. A pesar de la oposición del espartano Brásidas por sus éxitos en la Calcídica, se llega, tras su muerte, a firmar la antedicha paz de Nicias (421 a. C.).

Algunos aliados de la Liga del Peloponeso que se consideraban perjudicados por el acuerdo de paz, crearon otra liga al margen de Esparta. Esta intervino para restablecer la situación anterior y los derrotó en Mantinea.

En Atenas triunfaban las tesis de Alcibíades de continuar la guerra. Esta se desató de nuevo por el fracaso de la campaña ateniense en Sicilia, debido en gran parte a la ayuda espartana a Siracusa. En el desarrollo de la guerra, los espartanos campaban por el Atica y muchos aliados atenienses desertaban inclinándose al bando lacedemonio por las promesas de libertad que éstos habían ofrecido desde el comienzo de las hostilidades.

Ante las dificultades financieras y con el fin de llevar la guerra por mar, Esparta no duda en

aliarse con los persas, colocando al mando de la flota a Lisandro. Con métodos no demasiado espartanos conseguirá la defección de la flota ateniense. El final de la guerra se decidirá en el Helesponto, al ser derrotada la escuadra ateniense en Aigos Potamos (402 a. C.).

El imperialismo de Esparta

Todos los testimonios que poseemos del siglo v a. C. y comienzos del IV a. C. sobre el imperio ateniense, lo presentan como una tiranía impopular. Su fin tras la derrota a manos espartanas fue saludado con alegría en Grecia, ante la convicción de que a partir de ese momento comenzaba la libertad.

Indudablemente Atenas había administrado su dominio sobre la liga en interés propio, pero también es quizá exagerado pensar que era universalmente impopular. La defensa de las democracias le había granjeado simpatías entre el pueblo de diversas ciudades. Esas clases populares de las ciudades aliadas de Atenas, la única alternativa que ahora tenían era el sometimiento a los oligarcas locales, patrocinados por Esparta.

Fue precisamente la política espartana de favorecer las oligarquías, y establecer un control directo sobre las ciudades la que hizo aumentar paulatinamente el descontento ante el nuevo orden.

Por su rígida estructura constitucional, por la estricta discriminación existente entre sus habitantes y por sus deficiencias demográficas, Esparta estaba menos adaptada que Atenas para el dominio panhelénico. Los desequilibrios pronto comenzaron a aparecer.

Por una parte, por la iniciativa y ambiciones personales de Lisandro, cuya defensa a ultranza del imperialismo trajo aparejada la hostilidad tanto entre los conservadores espartanos como entre los aliados. Por otra parte, también influía el descontento dentro del estado espartano en el que la mayoría no poseía la paridad de derechos y quedaban por tanto excluidos de los beneficios de esta etapa imperialista.

Pero al mismo tiempo, las diferencias entre los *iguales* eran cada vez mayores dado que las guerras habían minado en gran medida el espíritu de la constitución de Licurgo. Asimismo, el mantenimiento de los acuerdos con Persia traía aparejado el abandono de las ciudades de la Jonia, lo que Esparta no podía permitir. Ello la obligó a volverse contra los persas, lo que provocó que éstos a su vez fomentasen en Grecia movimientos antiespartanos.

Los primeros decenios del siglo IV a.C. se caracterizan por la búsqueda de la hegemonía de las tres principales ciudades de Grecia: Esparta, Atenas, que comienza a resurgir a partir del 395 a.C., y Tebas, que consigue colocarse al mando de la confederación beocia.

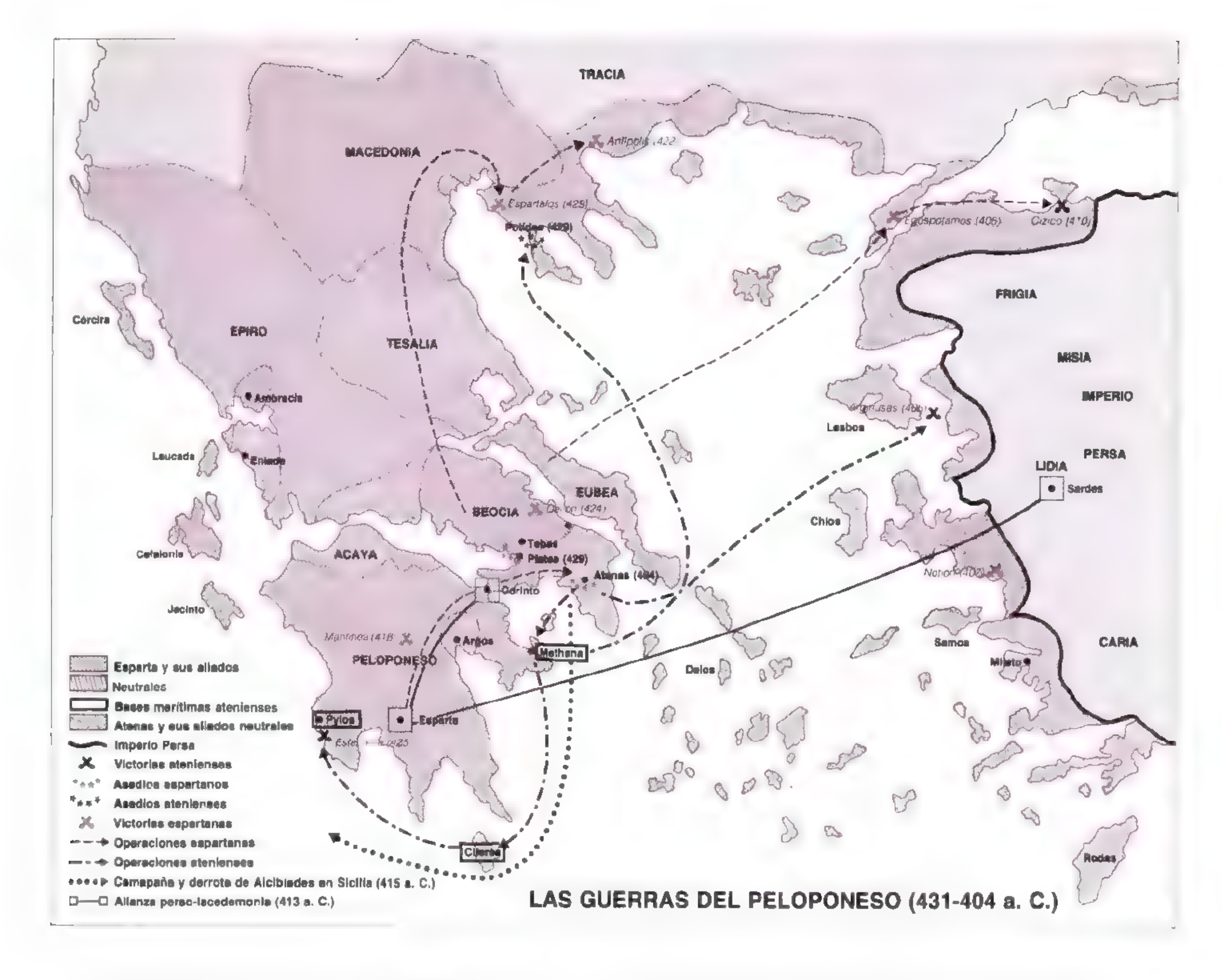
Esparta, en principio, pudo mantener su hegemonía, como lo demuestra la brillante campaña de Agesilao contra los persas y la derrota en la Grecia continental de la liga beocia comandada por Tebas. Contra Atenas no sucedió lo mismo puesto que ésta, aliada con los persas, derrotó por mar y por tierra a los espartanos viéndose obligados a firmar la paz del Rey, que fue propuesta por el soberano persa.

Los años que siguieron a la firma de la paz fueron de reafirmación de Esparta en la Grecia continental, tanto en el Peloponeso como en el resto. Pero en el 377 a.C. los tebanos reorganizaron de nuevo la confederación beocia y al año siguiente Atenas creó la segunda liga ático-délica.

La guerra no tardó en declararse con suerte adversa para las armas espartanas. A pesar de los dos armisticios firmados en 374 y 371 a. C., el final se precipitó en la batalla de Leuctra, con

Estatuilla en bronce de un soldado, siglo V a. C. (procedente de Dodona)





la derrota de los espartanos a manos de la confederación beocia mandada por Epaminondas

Declive

La batalla marcó el comienzo del declive de Esparta. A partir de este momento no podía ambicionar no ya la hegemonía sobre el mundo griego, sino incluso sobre el Peloponeso puesto que las defecciones posteriores de sus aliados así lo pusieron de relieve. Con ella se inició también un período de decadencia de la Grecia entera, que la hegemonía tebana sólo en parte difuminó en los años siguientes

Las defecciones de los aliados espartanos en el Peloponeso y sus peticiones de ayuda a Tebas dieron pie para que ésta invadiese la península en repetidas ocasiones. Con la ayuda de Atenas se consiguió parar a los tebanos, quienes, tras la muerte de Pelópidas, tenían ya como jefe único a Epaminondas.

Tras la sublevación de sus aliados en el Peloponeso, éste lo invadió de nuevo. En Mantinea (362 a. C.) y cuando tenía prácticamente ganada la batalla contra los sublevados arcadios apoyados por Esparta, moría Epaminondas. La paz se acordó en 361 a. C. y, aunque los espartanos se negaron a firmarla, tuvieron que someterse a ella. Significaba su derrota total.

Fue obligada a renunciar a Mesenia, que pasaba a ser independiente. Esto suponía que muchos espartanos estaban destinados a quedarse sin tierras, perdiendo el rango de *iguales* y alistándose en muchos casos como mercenarios. Aristóteles en su *Política* señalaba que en la Esparta de su tiempo *algunos se han convertido en propietarios de una fortuna excesiva mientras que otros tienen mucho menos*. Esparta ya no era ni la sombra de lo que había sido en el siglo V a.C.

Esta situación, que concluirá con las revoluciones del siglo III a.C. fue agravándose por las crecientes desigualdades en la propiedad de la tierra y por la disminución paulatina de ciudadanos de pleno derecho. La llamada constitución de Licurgo era ya solamente papel mojado. La misma constitución política-social-económica de Esparta había sido la causante de su decadencia

Todo por el Estado

Por Juan Francisco Rodríguez Neila
Profesor de Historia Antigua. Universidad de Córdoba

YA los tratadistas de la antigüedad, al escribir sobre las instituciones políticas espartanas, destacaron como lo más peculiar de ellas la acertada simbiosis de formas constitucionales. Esto no deja de ser sorprendente, si tenemos en cuenta que en otros aspectos el estado espartano no se caracterizó por el equilibrio, que no se dio en su sociedad, excesivamente polarizada, ni en su ejército, entendido casi como un fin en sí mismo. Pero en el marco constitucional sí aparece como algo muy peculiar esa amalgama de aportaciones monárquicas, oligárquicas y democráticas, que configuraron un cuadro que se mantuvo casi íntegro hasta el fin de la historia de Esparta.

Al no existir dentro de este organigrama institucional una clara delimitación entre poderes ejecutivo, legislativo y judicial, no debemos contemplarlo según el esquema tripartito propio de las naciones modernas. Aunque para los espartanos de época clásica quedaba claro que su constitución era el resultado de la labor de un legendario legislador, Licurgo, lo cierto es que hoy debemos analizar los mecanismos políticos de Esparta como fruto de una larga evolución histórica, añadiéndose sucesivas aportaciones al más antiguo legado enraizado en la época de las invasiones dorias.

El historiador Plutarco, que escribió en el siglo II d.C., nos habla en su *Vida de Licurgo* del hombre que pasaba por ser el verdadero mentor y planificador del estado espartano. Realmente eran muchas las ciudades griegas que conservaban entre sus tradiciones el recuerdo legendario de quien les había otorgado tiempo atrás su primera normativa constitucional, si bien algunas de esas figuras, como ocurre con Solón respecto a la Atenas del siglo VI a.C., son personajes históricos.

En el caso de Licurgo son muchas las dudas que se han vertido sobre su verdadera historicidad, y sobre la realidad que pudo tener ese famoso documento llamado *Rhétra*, cuya paternidad se le adjudicaba, y que pasaba por ser algo así como la carta constitucional de Esparta. Hoy día Licurgo no es para nosotros más que un hombre, un mero símbolo. No obstante, hay algo en Licurgo que no deja de ser sorprendente, incluso contradictorio, pero que encaja muy bien con el contexto en que se desenvolvió la mentalidad espartana.

Para los griegos en general, y obviamente para los espartanos de modo más directo, ese ser que había recibido en términos casi sibilinos su mensaje político del famoso oráculo de Delfos, ejemplarizaba la capacidad de reacción de Esparta contra todos los estímulos exteriores, la reivindicación de los valores autóctonos frente a los influjos alógenos, el afianzamiento de una mentalidad conservadora. Y ello nos llena, ciertamente, de perplejidad a quienes, hombres del siglo XX, asociamos los logros constitucionales con el progreso político.

Pero Esparta, en éste, como en otros terrenos, fue un caso diferente y hasta paradójico, aunque, insistimos, tal diferencia se fuera fraguando a lo largo de una evolución histórica, en la que esa hipotética *Rhétra* no debió ser ni siquiera un punto de partida. El citado documento, tal como lo presenta Plutarco, no resiste una interpretación lógica a la luz de los datos incontrovertibles que poseemos. Y no faltan elementos contradictorios en él.

Así, por ejemplo, el poeta Tirteo, que vivió en el siglo VII a C., y es para nosotros una preciosa fuente documental para ilustrar ciertos cambios internos de Esparta a raíz de la decisiva guerra de Mesenia, no cita a Licurgo, lo que resulta sospechoso. Además, la *Rhétra* presenta incompleto el cuadro político, en el que falta el eforado. Nuestra postura debe ser, por tanto, tan escéptica o dubitativa como la del propio Plutarco.

Es evidente que, si bien a partir del siglo VI se dio en Esparta un relativo compromiso entre los distintos factores políticos que en ella operaban, la ausencia de un mando unificado se dejó siempre sentir, especialmente en momentos críticos. La historia lacedemonia está continuamente salpicada de tensiones entre los diversos mecanismos de un gobierno, en cuya cabeza se mantuvo una institución tan anómala como la diarquía (dos reyes), definida por Aristóteles como *un generalato hereditario y vitalicio*, y sobre cuyo exacto origen se han vertido opiniones tan contrapuestas.

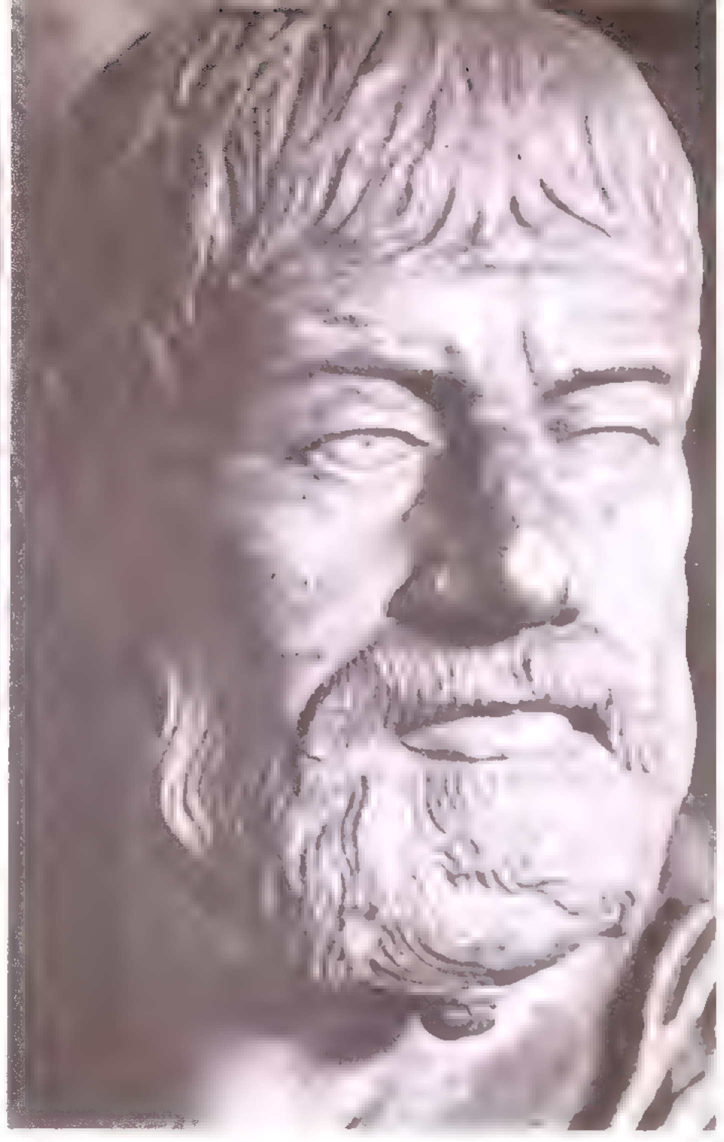
Además, ofrecía a los ojos asombrados de los helenos situaciones tan singulares como las frecuentes luchas dinásticas, o rituales tan poco griegos como los funerales regios de alta pompa. No podía ser de otra manera, al proceder ambos monarcas respectivamente de las dos familias más importantes, los Agíadas y los Euripóntidas, rivales y reivindicadoras de ascendientes divinos. Su poder, fuerte en la Edad Oscura como el de otras monarquías griegas, fue cada vez más limitado.

Al final los reyes espartanos quedaron como una manifestación anacrónica en una Grecia políticamente más evolucionada. Pero conservaron las potestades sacerdotales y el mando del ejército, así como determinadas prebendas. Ello no impidió que, como señala Herodoto, sintieran a veces la tentación del soborno, e incluso (así ocurrió con Cleómenes I) la ambición del poder tiránico tras los éxitos militares o políticos, ten-



Los Dioscuros, Cástor y Pólux, miembros de la familia real espartana, en un relieve de mármol del siglo VI a. C. (Museo de Esparta)





Busto de Pausanias, rey de Esparta (copia romana del original griego del siglo V a. C., Museo Capitolino, Roma)

dencia de la que Esparta fue siempre visceral enemiga.

Instituciones

Pero otros resortes políticos (no singulares en el panorama griego) funcionaban en Esparta para hacer de sus soberanos los simples representantes de una monarquía más de derecho que de hecho.

En primer lugar figuraba la *Gerousía* o asamblea integrada vitaliciamente por veintiocho ancianos mayores de sesenta años, más los dos reyes. Constituía el componente oligárquico y compleja trabazón constitucional de Esparta. Fue un órgano efectivo de gobierno, resultado de una antigua limitación del poder real por parte de la nobleza espartana.

Es lógico que actuara con cierta eficacia en el seno de una sociedad, como la lacedemonia, donde únicamente una minoría, los que podríamos llamar espartanos de pura cepa, disfrutaba de la plenitud de derechos políticos, y actuaba en todos los órdenes de la vida del estado con una mentalidad típicamente *oligárquica* frente a los demás componentes de la población.

La *Gerousía* era, pues, algo así como una *oligarquía de la experiencia*, dentro de una clase superior, consciente de sus privilegios. Acceder a esa olímpica asamblea senil estaba considerado como un premio a la virtud cívica, y en sus manos quedaban tareas tan importantes como el estudio y preparación de los proyectos que debían ser sometidos luego a la asamblea popular, aquellos procesos que entrañaban la pena de muerte o la pérdida de los derechos ciudadanos, e incluso el enjuiciamiento de los propios reyes en colaboración con los éforos.

En Esparta como en otras partes de Grecia, el papel de las asambleas populares, reflejadas ya en los poemas homéricos, era muy relativo. Este tipo de institución funcionó allí y se denominó *Apella*. La componían solamente los espartiatas, es decir quienes disfrutaban de la plenitud de derechos. Primero fue presidida por los reyes, luego por los éforos, pero apenas tenía efectividad en cuestiones de gobierno o administración, porque se limitaba a elegir o decidir mediante aclamación sobre los temas que le eran propuestos.

Realmente quienes acabaron teniendo mayor fuerza dentro del esquema constitucional espartano fueron los éforos, sobre todo en los siglos V y VI, y en detrimento de la autoridad real. No se sabe exactamente cuándo surgieron. Su lista se remonta a mediados del siglo VIII, pero en la constitución atribuida a Licurgo no se les cita para nada, lo que hace suponer que el incre-

mento de sus atribuciones y quizá su propia creación, debieron estar muy relacionados con los acontecimientos internos de Esparta tras la Segunda Guerra de Mesenia.

Este episodio bélico significó un fortalecimiento del pueblo espartano, verdadero triunfador del conflicto. La consecuencia evidente fueron ciertas reivindicaciones políticas, entre ellas el nombramiento de un cuerpo de cinco éforos, elegidos dentro de la asamblea popular. Eran los guardianes de la constitución, presidían la *Apella*, tenían poderes importantes en la administración, controlaban funcionarios, extranjeros y comunidades dominadas (periecos e ilotas), vigilaban la educación de los niños, actuaban como censores, jueces y policías, podían llevar a juicio a los reyes, acompañarlos en la guerra y mandar unidades militares.

Representaban, en suma, la quintaesencia de esa típica tendencia igualitaria de Esparta frente a los contrapesos monárquico o nobiliario. Pero a veces accedían al cargo individuos de humilde origen que trataban de lucrarse durante su anualidad, dado que *su falta de medios posibilitaba que fuesen comprados* (Aristóteles).

Una sociedad antagónica

Si peculiar resulta la constitución política espartana, no menos singular se muestra el esquema social lacedemonio, matizado por fuertes antagonismos. En el seno del estado los espartiatas constituyeron siempre la clase dirigente sobre otros dos sectores de la población, periecos e ilotas, cuyos derechos fueron muy limitados. Con frecuencia se ha visto en tales espartiatas a los descendientes de las tres tribus dorias que originalmente habían conquistado el suelo de Laconia arrebatándolo a los anteriores ocupantes de época micénica.

Sin embargo, ni los mismos espartanos estuvieron todos en una situación igualitaria desde un principio, ni tampoco debemos suponer que los elementos predorios fueron totalmente aniquilados. Aunque con anterioridad a las guerras de Mesenia no tenemos aún una idea clara sobre la organización social de Esparta, sí podemos sospechar que el componente aqueo sobrevivió de alguna manera, que la aristocracia micénica se integró parcialmente en la doria, y que en conjunto fue este sector nobiliario dirigente el que, con la diarquía al frente, condujo las riendas del estado durante varios siglos por encima del resto de la población espartana.

La existencia de una doble monarquía se ha interpretado en el marco de esa bipolar aportación étnica, fruto del largo contacto que, al menos durante unos dos siglos, los dorios mantuvieron con las comunidades aqueas en la etapa en que estuvieron instalados al norte del valle del Eurotas, antes de ocupar la totalidad del país.

Algunas familias eminentes de Esparta no tenían cuna doria, y sin embargo estaban perfectamente englobadas dentro de una casta oligárquica que, si se distinguía por algo, lo era por una particular y uniforme educación, más que por esa *superioridad racial doria* a la que a veces se ha recurrido, pero que no constituye un factor histórico singularmente espartano, sobre todo si tenemos en cuenta que otros estados del Peloponeso (Corinto, Argos) tuvieron también una importante base demográfica de naturaleza doria.

Conviene, por tanto, observar el estado espartano más primitivo como una entidad política encajada en sus líneas fundamentales dentro de las grandes coordenadas sociales e institucionales que rigen en Grecia durante ese problemático período. La trilogía política dominante en el mundo griego a lo largo de dicha etapa (monarquía-consejo aristocrático-asamblea popular) persistió también en Esparta hasta la segunda mitad del siglo VII a.C., con las peculiaridades constitucionales ya apuntadas.

La nobleza espartana de aquellos siglos no se distinguía radicalmente de las restantes oligarquías griegas. Aunque no derrocó a la monarquía, sí limitó gradualmente sus funciones. Se hizo igualmente cargo de la defensa de la comunidad, estando así mejor armada y dispuesta a imponer sus privilegios. Y, por supuesto, se abrió a las nuevas corrientes culturales que desde el siglo VIII fecundaron decisivamente toda la Hélade, en agudo contraste con lo que, tiempo después, se convertiría en una proverbial reacción contra todos los estímulos externos.

El panorama social cambiaría tajantemente a raíz de la segunda guerra de Mesenia, acontecimiento bélico que resulta vital para entender la profunda mutación experimentada desde entonces por Esparta. El poeta Tirteo, cuyas composiciones líricas informan oportunamente sobre la situación de aquel tiempo, nos presenta a Esparta sumida en la misma situación de *stasis* o revuelta social por la que pasaba el mundo griego del siglo VII, debido en gran parte a profundas mutaciones económicas.

En Esparta, donde el mito de Licurgo aún no se había generalizado, el proceso crítico no siguió exactamente los mismos parámetros que en otras áreas de Grecia, pero parece indudable que por entonces el estado espartano tuvo que hacer frente a dos graves problemas: la necesidad de tierras para una población en aumento y el control sobre los ilotas sometidos que podían ser causa de inestabilidad.

El primero de ambos retos no lo liquidó Esparta mandando a sus excedentes demográficos a colonizar, como hicieron otras ciudades-estado griegas. Tan solo Tarento figura en la nómina colonial como establecimiento fundado hacia el 700 a.C., no por espartanos de pleno derecho, sino por elementos residuales que quedaron marginados en la situación surgida al acabar la primera guerra de Mesenia.

Esparta resolvió el problema de sus necesida-





Relieve del héroe (dios de ultratumba y su consorte recibiendo ofrendas de los fieles, siglo VI a. C., procedente de una aldea próxima a Esparta)

Anfora con relieves procedentes de una tumba de Esparta (siglo VII a. C.)

Terracota en forma de cabeza masculina (procedente del templo de Artemis Ortia, Esparta)

des territoriales ocupando un país vecino que ofrecía áreas fértiles. La empresa fue dirigida por la aristocracia, pero a tenor de las dificultades bélicas exigió el concurso de toda la población espartana. Tirteo, a través de sus poesías, estimuló sus sentimientos nacionalistas y apeló a la observancia del ideal de *eunomia*, es decir, el buen orden que nace del cumplimiento estricto de la ley por parte de los ciudadanos.

A partir de entonces los espartanos de pleno derecho, convocados y responsabilizados para combatir codo a codo en el campo de batalla, serían también *Iguales* en todos los demás aspectos de su vida: en el educacional, preparándose en el valor y la disciplina para su uniforme vocación militar; en el económico, libres de toda ocupación material dejada en manos de las clases inferiores; y en el político, consagrándose íntegramente a una vida pública que les daba el papel dirigente. Igualdad, de todas formas, muy relativa, porque la riqueza, los éxitos personales en la preparación militar o en la misma guerra, o la propia necesidad de ostentar las jefaturas actuaban como elementos de prestigio en una sociedad sólo teóricamente equilibrada.

La guerra de Mesenia debió culminar un proceso evolutivo de raíces más profundas, que vemos fraguar ahora en hechos histórico-políticos mejor definidos, y en decisivas transformaciones políticas, económicas e ideológicas a partir de factores preexistentes y, según la expresión de Finley, *reinstitucionalizados* para funciones específicas.

Dicho conflicto supuso, por lo pronto, para Esparta el control de un amplio territorio, con lo que se transformó en uno de los estados más extensos de Grecia. Consecuentemente, una gran parte de la población mesenia pasó a quedar dominada, asimilándose al sector ilota que, en la propia Lacedemonia, constituía ya de por sí un germen de rebelión. Al tener que apelar al pueblo, no sólo para ocupar el país mesenio, sino para controlar una amplia población sometida, la nobleza espartana debió ceder ciertos derechos y acoger a los nuevos combatientes hoplitas (así llamados por el armamento y táctica ahora impuestos) como un sector determinante en la conducción del estado

Otra de las consecuencias económicas de la conquista fue el reparto de lotes iguales de tierras entre los ciudadanos, aunque la propiedad quedara en manos del estado. Con esta y

otras medidas se tendió a suprimir todas aquellas barreras económicas que implicaran diferenciación social, consolidándose desde entonces dicha igualdad con una serie de prácticas educativas y formas de vida que buscaban, esencialmente, lograr buenos ciudadanos y soldados al servicio del estado.

Se culminó así un proceso revolucionario que, con el paso de los años Esparta acabaría *exportando* a otros estados del mundo griego, suministrando así fundamentos ideológicos a quienes buscaban dar mayor protagonismo al pueblo frente a los oligarcas. Pero a partir de entonces la clase de los espartistas con plenos derechos políticos y civiles pasó a constituir la verdadera aristocracia dirigente frente a otros dos componentes sociales faltos de tales privilegios.

En primer lugar hay que citar a los periecos que residían en comunidades sitas en las zonas marginales de Lacedemonia, en tierras con menos rendimiento que las del valle del Eurotas o Mesenia. No tenían derechos políticos, aunque gozaban de cierta autonomía administrativa en sus aldeas. Tampoco tenían milicia propia debiendo servir en el ejército espartano formando cuerpos aparte, y sin acceder a los puestos de mando. Estaban obligados a pagar determinados impuestos, pero se les dejaba una gran capacidad de iniciativa en una serie de actividades económicas (industria, comercio, navegación) que los espartanos no querían asumir, lo que no les situaba en un plano radicalmente desfavorable, al contrario de los ilotas.

Sobre el origen de los periecos se han dado fundamentalmente dos teorías. Una explica su presencia por motivos étnicos, siendo en tal caso los descendientes de las primitivas etnias aqueas relegadas a los extremos del país. Otra opinión los considera resultado de ciertas desigualdades surgidas en el momento de instalación de los dorios, siendo los periecos el sector menos favorecido.

De todas formas, su situación no alcanzó nunca el grado de marginación de los ilotas, población sometida, en su mayoría campesinos, cuyo número superaba en mucho el de los espartanos, quienes tuvieron que paliar tal situación de inferioridad acentuando una militarización a todas luces vital para su supervivencia. También sobre su origen las opiniones difieren. Para algunos estudiosos serían ciudadanos excluidos de la organización gentilicia por diversos motivos, es decir, expulsados de la ciudadanía. Más coherente parece considerar al menos a los ilotas de Laconia como la población original aquea sometida por los conquistadores dorios, estado de dependencia del que encontramos paralelos en Tesalia y Creta.

A este grupo se añadieron luego los de Mesenia, pero en uno y otro caso se trataba de una población servil adscrita a una tierra que pertenecía al estado, que, al repartirla en lotes, asignaba tales individuos particularmente a cada espartiata, quien no estaba autorizado a venderlos

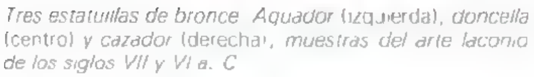


o liberarlos. Podían mantener sus estructuras familiares y vivir en sus aldeas, estando obligados a pagar al espartiata correspondiente un canon sobre sus rentas agrícolas. Su número pesaba como una losa sobre el clan dominante, obsesionado por dominarlo a base de diversos mecanismos de control.

Pero paradójicamente, y en momentos críticos para la supervivencia del estado, los mismos espartanos recurrieron a los ilotas para fortalecer su desnutrido ejército, concediéndoles a cambio la libertad. Estos individuos (llamados *neodamodeis*), o los propios espartanos que, por diversas causas, perdieron su estatuto privilegiado, constituyeron sectores aparte de población cuya existencia, como han confirmado los trabajos de Finley u Oliva, señala una acusada movilidad social en el seno de una sociedad, como la de







Tres estatuillas de bronce. Aguador (izquierda), *doncella* (centro) *y cazador* (derecha), *muestras del arte laconio de los siglos VII y VI a. C.*

Esparta, caracterizada por su rigidez y su cerrazón de castas.

La situación social de los ilotas guardaba estrecha relación con algunas de las características económicas fundamentales de Esparta. Por lo pronto, el ideal de igualdad entre todos los espartiatas llevaba pareja la inexistencia de todo tipo de propiedad privada. La población espartana era preparada y vivía esencialmente para la defensa del estado, pero, a fin de atender a su mantenimiento, una de las directrices básicas surgidas de la guerra de Mesenia fue un nuevo reparto de tierras en lotes iguales *(kléroi)* asignados a los espartiatas en las condiciones antedichas.

En éste, como en otros aspectos, fue el estado el que marcó las pautas económicas más que en ningún otro lugar de Grecia, predominando los sectores agrícola y ganadero. Esa igualdad iba acompañada de una acentuada austeridad, que alejaba de todo espartano el disfrute de aquellos elementos suntuarios que pudieran entorpecer y hasta menoscabar lo que constituía el supremo objetivo: la preparación física y militar, que condicionaba todo el sistema educativo de Esparta.

Esta óptica restrictiva y retrógrada supuso que un sector como el de los periecos, sin autonomía, pero también sin competencia dentro del estado, resultase sumamente beneficiado, teniendo un destacado papel en algo que las excavaciones en Esparta y en el santuario de Artemis Ortia parecen confirmar: que el estado lacedemonio, al menos en el siglo VII, estaba abierto aún a los influjos exteriores, recibiendo cerámica corintia de buena calidad, objetos im-

portados de marfil y bronce, y acogiendo igualmente a arquitectos, poetas como Tirteo, o músicos como Terpandro, cuya presencia *templó* sin duda esa proverbial austeridad laconia.

Probablemente los contactos mercantiles decrecieron en el siglo VI, alejándose Esparta de los grandes circuitos comerciales, en donde la moneda se iba imponiendo como decisiva novedad. Precisamente la ausencia de este elemento de intercambio se destaca como una de las reformas *saludables* emprendidas por Licurgo.

El propio desprecio que se sentía hacia el dinero dejaron a Esparta fuera de las transacciones comerciales, evitó también la llegada al país de todo tipo de especuladores, y libró asimismo a sus habitantes de la tendencia al lujo y molicie imperante en otras ciudades griegas. Medida tan tajante sólo pudo ser obra de una voluntad concreta, inscribiéndose en el marco transformador de la que Finley llama *revolución del siglo VI*.

La austeridad no impedía, desde luego, efectuar operaciones de cambio. En Esparta hubo quienes, por encima de cualquier ideal igualitario o limitación institucional, sintieron la llamada de la riqueza. Los autores antiguos aluden muchas veces a la facilidad de monarcas o éforos para aceptar sobornos, y sabemos que muchos espartanos inscribieron equipos en las carreras olímpicas de carros, lo que entre los griegos era estimado como signo de fortaleza económica.



Doncella escanciando (fragmento de un relieve, siglo V a. C., procedente de Maina, Laconia)

La educación militar

Con frecuencia suele hablarse del militarismo espartano, y en ocasiones se le presenta bajo los tópicos tintes de una agresividad casi congénita, cuando realmente Esparta nunca llegó a superar los límites belicistas a los que pudo llegar cualquier otro estado griego, incluyendo Atenas, su tradicional rival. Ese militarismo, desde luego existió, pero nunca como una fácil disposición a resolver los problemas de coexistencia por la vía de las armas, ni tampoco como el elemento motriz de un imperialismo exacerbado (tipo asirio, por ejemplo). En uno u otro caso Esparta, cuyo ejército suele presentarse no sin razón como una de las más perfectas máquinas de guerra de la Antigüedad, supo entender hasta dónde llegaba la medida de sus propias capacidades.

Ya F. E. Adcock observó cómo el ejército espartano, perfectamente entrenado y aguerrido, era para el estado laconio un instrumento tan precioso, que una de las metas constantes de su diplomacia fue siempre evitar utilizarlo, resolviendo las querellas antes por vía pacífica. Y en cuanto a su expansionismo territorial, no cabe entender estrictamente como imperialismo la conquista de Mesenia, empresa vital para resolver la crítica situación interna de Esparta en aquel momento, ni por supuesto la creación de la Liga del Peloponeso, sometida a influencia espartana, pero sin ningún menoscabo territorial o político pleno para sus integrantes.

Institución clave en Esparta fue, desde luego, el ejército, cuyo conocimiento resulta esencial para comprender múltiples aspectos de su sociedad y educación. Pero son razones internas de carácter policial las que explican el surgimiento y presencia de esa mentalidad militarista, que impregnó hasta la médula todos los resortes vitales del pueblo laconio.

Efectivamente, hay un instinto de supervivencia que subyace en esa especial psicología que hacía del espartano un individuo que entendía únicamente su vida dentro de un objetivo común: la defensa de la comunidad. Hay que tener en cuenta que los espartanos de pleno derecho, de quienes se nutría la milicia, eran realmente muy pocos. El mayor contingente militar reunido que conocemos lo constituyeron los cinco mil hoplitas que participaron en la batalla de Platea (479 a.C.) contra los persas. En esta ocasión, como en otras muchas, el estado tuvo que recurrir a los periecos (también lo hizo con los ilotas bajo promesa de libertad) para reforzar las filas de su menguado ejército.

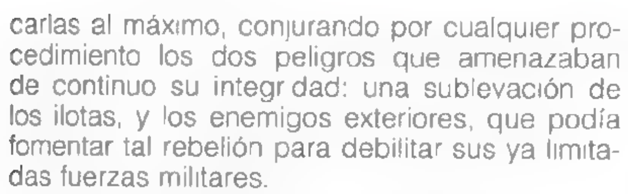
Al disponer, pues, de pocos espartiatas, dos factores resultaban fundamentales para el estado lacedemonio: tener sus fuerzas militares bien entrenadas, para aprovecharlas a tope; y dosifi-



Menelao cortejando a Helena (relieve en mármol del siglo VI a. C. procedente de Magoula, Esparta)

Placa de marfil con el árbol de la vida (siglo VII a. C. procedente del templo de Artemis Ortia)





carlas al máximo, conjurando por cualquier procedimiento los dos peligros que amenazaban de continuo su integridad: una sublevación de los ilotas, y los enemigos exteriores, que podía fomentar tal rebelión para debilitar sus ya limitadas fuerzas militares.

Por lo que respecta a la disposición de sus tropas, pocos estados de la Antigüedad tuvieron un ejército tan bien disciplinado y entrenado como el espartano. Muchas veces Esparta pudo imponerse en el campo de batalla sobre efectivos muy superiores, por la sencilla razón de que todos sus hombres combatían al unísono con una organización y preparación superiores ante un enemigo, aventajado en número, pero con un elemento humano mal aprovechado. Pese a su consabida fuerza militar, es evidente que, dada su penuria de ciudadanos, para Esparta era una verdadera catástrofe perder a cien o doscientos de sus soldados, lo que hace más comprensible la tradicional tendencia defensiva y poco expansionista de este estado.

Pese a todo, para Esparta fue siempre vital una preocupación entendida como responsabilidad del estado: que toda la población espartiata fuese educada con vistas a ese fin supremo, la supervivencia, dentro de unos moldes que, arraigados fuertemente en un lejano pasado, en que habían constituido hábitos tradicionales de una nobleza dedicada a la defensa del estado, se habían transformado luego en modernas virtudes consagradas a objetivos de conservación social.

La guerra y conquista de Mesenia debió ser un acontecimiento decisivo para forjar a Esparta como un país militarizado, cuyos ciudadanos mentalizados para las actividades defensivas, y sin ninguna clase de dedicación económica, constituyeron cada vez más el agudo contrapunto de aquella clase campesina y servil ilota, cuyo trabajo debía atender las necesidades materiales de sus dominadores.

Vida sexual

Toda la educación espartana (el verdadero factor igualitario) constituía un proceso perfectamente configurado *(agogé)* para lograr guerreros capacitados y preparados, y ciudadanos conscientes de su superioridad física y de su papel dirigente. Por lo pronto, la soberanía del estado sobre la célula familiar era absoluta. Un consejo de ancianos decidía si el recién nacido tenía derecho a vivir, o debía ser físicamente eliminado al observársele algún defecto (la estampa tópica de los niños arrojados por el monte Taigeto). El infante permanecía en casa hasta los siete años y a partir de entonces se iniciaba

en el aprendizaje del oficio militar y las obligaciones cívicas, objetivos donde se mezclaban tanto el deseo de refrenar cualquier tendencia individualista, como herencias institucionales muy antiguas. Luego iba pasando por varias *clases de edad*, con nombres definidos y sucesivos cambios discipl narios.

A partir de los doce años se iniciaba una fase de educación más dura en la obed encia y necesidad con determinadas prácticas rituales. Los jóvenes espartanos quedaban a partir de entonces tutelados por otros espartiatas adultos, con quienes llegaban a mantener unas estrechas relaciones incluso de carácter amoroso. Esta pederastia institucionalizada es uno de los aspectos de la educación lacedemonia que a los ojos del hombre moderno resultan más sorprendentes, pero que no dejó de asombrar tampoco a muchos griegos, aunque en el mundo heleno estaba bien defin da la frontera que la separaba de la simple homosexualidad Este tipo de relaciones no fue, desde luego, algo privativo de Esparta.

Hay causas concretas, que ha destacado en un reciente estudio F. Buffière, para explicar este desarrollo de la pederastia. Pueden contar entre ellas la especial sensibilidad de los griegos ante la belleza, y el culto al cuerpo (sobre todo el masculino), exhibido en su plena desnudez, que el espartano entendía como preparación para la guerra. Y un factor que afectó muy especialmente al estado laconio, la separación entre los sexos, pues en Esparta el entrenamiento militar continuo y la propia guerra alejaban a los ciudadanos del elemento femenino, y fomentaban una prolongada convivencia castrense proclive a las relaciones varoni es.

No debemos olvidar, sin embargo, que como contrapartida a dicha situación la mujer espartana gozaba de mayor libertad que en el resto del mundo griego. No estaba recluida en el gineceo, y participaba también en ejercicios corporales colectivos para endurecerse. Esta convivencia femenina, al igual que en el caso del varón, continuaba al menos hasta los treinta años, con el lógico desarrollo de un paralelo fenómeno de homosexualidad A partir de dicha edad el espartano podía casarse y fundar una familia, estando el celibato muy mal visto, puesto que la procreación era también básica para contrarrestar la limitada demografía del estado.

No obstante, los lazos matrimoniales tenían toda la f exibi idad latente en uniones cuyo fin era, no la institución familiar por sí misma (lo que hubiera constituido, al igual que la propiedad privada, un peligroso elemento centrífugo), sino el vigor y la cont nuidad racial.

Integración

Efectivamente, el espartano seguía estando obligado hasta los sesenta años a participar en toda una serie de act vidades comunitarias Para ser contado entre *los Iguales* no bastaba con la educac ón reseñada y con ser hijo de padre y madre espartanos Los derechos paritarios que consolidaban la fuerza de esa cerrada casta dominante funcionaban tras la admisión del individuo en una de las instituciones típicas de su grupo étnico y social, el *syssition* o agrupación de *Iguales*, que celebraba comidas comunes, sostenidas por las aportaciones de los espartiatas.

Asociaciones

Cada ciudadano así integrado obtenía a su vez tales recursos de las rentas que percibía del *kléros* que el estado le había asignado, y que era trabajado por un cupo de ilotas. No pagar ese tributo excluía al espartiata del *syssition*. Dado que la vida públ ca espartana se canalizaba a través de tales asociaciones, quien no pertenecía a ellas quedaba social y políticamente marginado.

No debemos imaginarnos estos cónclaves en las altas cotas espirituales del *Banquete* platónico, con discusiones filosóficas o éticas. Para el espartano fue siempre secundaria la formación intelectual, limitándose el cultivo de su espíritu a simples nociones de moral tradicional y sus recursos dialéct cos a agudas y breves sentencias, tipif cadas en el consabido y casi tópico *laconismo*.

Orden

El verdadero papel del *syssition* era integrar hondamente al espartano en una convivencia básica para la vida militar, sobre todo si tenemos en cuenta las estrechas concomitancias existentes entre la educación comunitaria y el disciplinado combate hoplítico, en el que los espartanos eran maestros. En Lacedemonia la sumis ón al orden impuesto por el estado y las actividades colectivas privaban sobre cualquier factor individualista

De ese continuo entrenamiento y disposición para la guerra, de que se maravillaba el filoespartano historiador Jenofonte, surgía esa disciplina y organización que, mantenidas al son de a flauta, ponía en juego Esparta sobre los campos de batalla Los epartanos, distribuidos hábilmente según su edad, vigor y experiencia, en cinco unidades básicas de combate o *loches*, presentaron siempre en la palestra bélica una gran cohesión militar, respaldada por una sólida y planificada conciencia patriótica. Aunque se rompiera el orden de las filas, el espartano sabía seguir luchando hasta el fin. Esto no deja de ser paradójico, si tenemos en cuenta la continua economía de fuerzas humanas que Esparta estaba obligada a hacer

La ciudad y su cultura

Por Lorenzo Abad Casal
Profesor de Arqueología. Universidad de Alicante



La diosa alada Ortia en un asa de la jarra Grächwil (siglo VI a. C., Museo de Berna, Suiza)

LA cultura griega se suele estudiar a través de Atenas, pues no en vano esta ciudad actuó de motor de toda Grecia en numerosas ocasiones, y sus logros culturales y artísticos, económicos y militares, fueron decisivos y marcaron la pauta que siguieron las demás ciudades. Pero esta *atenización* de la cultura griega ha relegado a un segundo plano a otras ciudades que atesoran méritos muy estimables.

El caso más claro es el de Esparta. Durante muchos años la definición de lo espartano vino determinada por su oposición a lo ateniense. Se trata, decíase, de una sociedad ruda, militar, deshumanizada, pero se olvidaba que no siempre fue así Esparta, que en un determinado momento de su historia brillaron en ella literatos y poetas, y que su principal opositora Atenas, también supo, en determinados períodos de su historia, anteponer lo militar a cualquier otra consideración y subyugar en nombre de la libertad, a sus propios aliados

Emplazamiento

Las diferencias, sin embargo, existieron. Puerto de mar y abocada a las islas, al tiempo que individualista, abierta y democrática fue Atenas; ciudad del interior, colectivista, cerrada y monárquica, Esparta.

De su propio emplazamiento geográfico debieron derivar algunas de las características más sobresalientes de Esparta. Situada a orillas del río Eurotas, dominaba la cabecera de una rica llanura aluvial, habitada desde época micénica, a unos 650 metros sobre el nivel del mar y protegida por las alturas del Taigeto y del Parnon, en un paraje sobrecogedor que venía a constituir el emplazamiento ideal de una *polis* griega.

Esta llanura y sus rebordes montañosos, que constituían la Laconia histórica, fueron desde muy pronto los dominios de la ciudad de Esparta, que sometió a otras ciudades más pequeñas, como Amiclas. Pastos, olivos, agricultura rica gracias a la abundancia de agua y minerales de hierro fueron las bases sobre las que se asentó el poderío de Esparta.

La ciudad se conoce relativamente bien, al menos en teoría, gracias a la descripción pormenorizada que de ella hizo Pausanias en el libro III de su *Descripción de Grecia*. Fue éste un viajero que en el siglo II d. C. recorrió sin prisas toda Grecia, describió todo cuanto vio y oyó y se hizo eco de las leyendas y tradiciones que sobre el pasado legendario de Grecia corrían de boca en boca en las diferentes ciudades o

transmitían los sacerdotes y guías de los grandes santuarios. Su actitud es crítica en no pocas ocasiones, y con frecuencia remata las historias fantásticas y legendarias que cuenta con un *así como me lo contaron*, que parece dejar a salvo su opinión sobre el hecho que narra.

La descripción que de Esparta hace Pausanias es muy minuciosa, pese a que, según sus palabras textuales, *no cito todo sin ton ni son, sino sólo lo que es más digno de mención*. La ciudad que nos hace revivir el escritor está, como todas las griegas, repleta de construcciones religiosas y profanas, de estatuas y de monumentos

Destaca, en primer lugar, el ágora, por donde comienza la visita, que según Pausanias es algo digno de verse. En ella se encuentran la mayor parte de los edificios públicos, y entre todos destacan el pórtico llamado Pérsico, que fue construido con los despojos de las guerras médicas, y varios templos.

El propio Pausanias se hace eco de algunas peculiaridades que la apartan de las demás ciudades de Grecia el considerable número de tumbas de reyes y de héroes que aparecen aquí y allá en el interior de la ciudad y la falta de una acrópolis que merezca el nombre de tal: *los lacedemonios no tienen Acrópolis en una altura visible desde cualquier punto, como la Cadmea de Tebas o la Larisa de los argivos, sino que de las colinas que hay en la ciudad, a la que alcanza más altura, la llaman Acrópolis.*

La arqueología ha confirmado todo esto y también algo más: que al contrario de lo que ocurrió en otros núcleos urbanos griegos, el de Esparta nunca se convirtió en una verdadera ciudad. Al griego debía parecerle más un conjunto de establecimientos rurales que un verdadero núcleo urbano. Se extendía sobre una serie de colinas de poca altura a la orilla derecha del río Eurotas, formando cinco agrupaciones principales, con amplios espacios libres entre ellos y sin un centro de ciudad semejante al que tenían las demás *polis* griegas.

Hasta finales del siglo IV a. C. no contó siquiera con la protección de una muralla Fuera de la ciudad se alzaban los templos y santuarios más importantes: el de Artemis Ortia, en la misma orilla del río; el de Menelao y Helena, en la otra, y el de Apolo Jacinto, el célebre Amicleo, cerca de la ciudad de Amiclas

Las excavaciones, iniciadas por la British School de Atenas a comienzos del siglo, han sacado a la luz una considerable cantidad de materiales. Las ruinas de la ciudad antigua fueron alteradas en época romana por la construcción de varios edificios, pero no han sido cubiertas por la ciudad moderna de Sparti, aunque le han servido de cantera barata y abundante.

Los restos más importantes de época clásica se concentran en la colina denominada Acrópolis. Aquí se encontraban el santuario de Atenea y algunos templos. Del primero sólo se conservan los cimientos de uno de sus lados mayores, pero hay suficiente base documental como para convenir que incluso el edificio del siglo VI estaba construido a base de adobe con un entramado de madera sobre un zócalo de piedra.

Según Pausanias, el templo y la estatua de Atenea eran de bronce, obra de Gitiadas, un hombre del país. Es difícil de aceptar que también el templo fuera de bronce, y parece más bien que en realidad se tratara de planchas de bronce que revestían las paredes. De este hecho tomarán nombre el templo y la propia diosa: Atenea Calcieco.

Al pie de la colina, el ágora ya citada, el Leonidaion o monumento a Leónidas, el héroe de las Termópilas, y un teatro del siglo II a. C., muy reformado en época de Augusto, que lo revistió con placas de mármol blanco del Taigeto, cuyas canteras comenzaron a explotarse en este momento

Literatura y poesía

Esta ciudad de Esparta, que solemos imaginar triste y fría, tuvo, sin embargo, en los comienzos de su historia, una considerable actividad literaria y, sobre todo, poética.

La poesía floreció en Esparta principalmente en el siglo VII, de la mano de dos grandes autores: Tirteo y Alcman. Quizá ninguno de los dos fue espartano de nacimiento, pero ambos vivieron y escribieron su obra en la capital de los lacedemonios y exaltaron en sus versos y cantos temas e ideales puramente espartanos.

Tirteo escribió a mediados del siglo VII a. C cinco libros de poemas que incluyen cantos de marcha, militares y un poema titulado *Eunomia* o Buen Orden de todo lo cual sólo se conservan unos pocos fragmentos

Su lenguaje y su estilo entroncan directamente con lo homérico, aunque las intervenciones divinas, tan frecuentes en la *Iliada* y la *Odisea*, se reducen drásticamente. Es defensor de la monarquía contra las pretensiones de la aristocracia y manifiesta claramente su concepción del valor como principal virtud de la persona, hace un canto al hoplita espartano que muy pronto pasará a desempeñar un papel esencial en la organización de Esparta.

El segundo poeta, Alcman, es algo posterior, de la segunda mitad del siglo VII a. C. Fue, a juzgar por lo que de él nos ha quedado, un agudo observador de su entorno, amante de la naturaleza y de la vida

Su obra se compone principalmente de cantos que coros de jóvenes recitaban en las fiestas en honor de los dioses y las diosas de Esparta. Pocas referencias se encuentran en su obra a las instituciones políticas de su tiempo y, en cambio, abundan las descripciones de la naturaleza, como la que hace referencia a la paz de las noches en el Taigeto.

El canto más extenso que se conserva está dedicado a Helena y lo entonaba un coro de



Diosa Ortia en una placa de marfil (siglo VII a. C., Esparta)



Vista aérea de las ruinas de Esparta



diez muchachas durante la ceremonia que, a la amanecida, tenía lugar el día que comenzaba la primavera, para ahuyentar a los espíritus malignos de las plantas que comenzaban a germinar.

Conocemos también los nombres de otros poetas más tardíos: Dionisodoto, Espendo y Gitiadas, este último también broncista y arquitecto. Pero de su obra no queda absolutamente nada.

Desde el siglo V no se tienen datos que permitan atestiguar el cultivo de la poesía entre los espartanos; su abandono debió ser casi total hasta el punto de que Pausanias podrá decir con conocimiento de causa que los espartanos nunca gustaron de la poesía.

La religión y los santuarios

La religión de Esparta se diferencia muy poco de la del resto de Grecia. Los dioses principales, a juzgar por las descripciones que de sus tem-

plos y santuarios hace Pausanias, debían ser Artemis, Apolo Atenea y Zeus, junto a héroes y dioses locales, como Menelao y Helena, pues no en vano la pareja que estuvo en el origen de la guerra de Troya reinaba en Esparta.

Existían además dioses extranjeros que recibían culto en Laconia, como el egipcio Amón. Según dice Pausanias *parece que son los lacedemonios, de entre todos los griegos, los que desde el principio más usaron del oráculo de Libia*

Son numerosísimos los templos y santuarios a los que se alude en el libro de Pausanias. De muy pocos existen, sin embargo, vestigios arqueológicos, y entre éstos destacan de manera muy especial los que a continuación se relacionan:

Santuario de Atenea Calcieco, en la acrópolis de la ciudad, ya descrito.

Santuario de Ortia, versión local de Artemis, que se relaciona con una antigua diosa de la fertilidad. Aquí se han encontrado restos de al menos dos templos. Uno, de comienzos del siglo VIII, del que se conservan muy pocos restos, se trata de un edificio alargado, con una hilera de columnas en su eje central, del tipo del más antiguo templo de Hera en Samos. Otro, de comienzos del siglo VI a. C., al que se adscriben los cimientos de un edificio alargado con todas las características del templo clásico.

Uno y otro tuvieron delante de la fachada principal el correspondiente altar, que al menos en la fase más antigua parece corresponder a un *altar de ceniza* semejante a los que se conocen en Olimpia, Samos y Pérgamo, formado por la acumulación de los restos incinerados de las víctimas que se ofrecían a la divinidad.

El santuario estaba ceñido por un muro que delimitaba un recinto sagrado o *témenos* y ha proporcionado una gran cantidad de materiales, principalmente terracotas y relieves, figurillas de plomo y máscaras, que representan, entre otros temas a una diosa de la fertilidad y de la vida, a sus adorantes y oferentes y a los animales que se ofrecían en sacrificio.

La diosa está íntimamente relacionada con la agricultura, como demuestran los arados y las hoces entregadas como ofrenda por jóvenes de ambos sexos. Según la tradición, en este templo se adoraba la estatua de madera *(xóano)* de Artemis que Orestes e Ifigenia robaron en la Táuride y cuya posesión disputaban a Esparta, Atenas y Capadocia.

Se trataba de una diosa sanguinaria que para aplacar sus iras exigía que su altar se regara con sangre humana. Por ello, al principio existían los sacrificios humanos, pero Licurgo, el legendario legislador de Esparta, sustituyó tan cruel rito por el de la flagelación de efebos, que eran azotados hasta que la sangre salpicaba el altar

Estas flagelaciones rituales, con el paso del tiempo debieron quedar reducidas a la categoría de simple espectáculo según cuenta Plutarco, aunque del suficiente interés como para que en el siglo III d. C. se construyera un teatro en este lugar, con la fachada principal del templo como parte integrante de la escena

Con anterioridad, los espectadores tomaban asiento en la ladera de la colina, en torno al lugar donde se llevaban a cabo las ceremonias. En este santuario, pues, el teatro siguió siendo fiel a sus orígenes, representación y contemplación de espectáculos religiosos y en lugares y ambientes religiosos.

Al norte del santuario de Ortia se encontraba un Heroon o lugar donde se celebraban los ritos relacionados con el culto de los antepasados. Había una serie de relieves votivos en piedra o terracota en los que aparecía el difunto sentado o recostado, con el cántaro o la granada en una mano y la serpiente junto a él. La mayor parte de las tumbas, sin embargo, se señalaban con una simple estela de piedra, y cuando se trataba de un caído en el campo de batalla, con la inscripción *en el campo*

No lejos de allí se alza el santuario de Apolo Amicleo, aunque de él se conservan tan pocos restos que no permiten hacerse una idea exacta de su estructura y organización. Pausanias dedica casi dos capítulos a la descripción de este monumento, lo que puede dar idea de su majestuosidad y del asombro que ocasionaba entre los que los visitaban.

El arte

Esparta nunca destacó en el cultivo de las artes mayores, o al menos no pasó a la posteridad como tal ni ha dejado restos de importancia. Ya hemos indicado que Pausanias cita una gran cantidad de obras, pero de casi ninguna de ellas indica su autor, lo que puede interpretarse o bien como que no existían en Esparta obras de artistas famosos, o bien como que los espartanos no habían alcanzado fama suficiente en el resto de Grecia para que su nombre fuera conocido

Excepciones son Baticles de Magnesia, que construyó el trono de Apolo Amicleo, y Gitiadas, constructor del templo y de la estatua de Atenea Calcieco, aunque de ninguno de ellos conocemos nada más. Resulta extraño, además, que Pausanias, tan preciso en sus descripciones, diga en el caso concreto de Baticles: *de quién fue discípulo este Baticles y en tiempo de qué rey lacedemonio hizo el trono lo paso por alto.*

Conocemos algunos otros nombres de escultores lacedemonios que trabajan fuera de Esparta: Teocles, Dorycleides y su hermano Medón, que esculpieron en el templo de Hera en Olimpia estatuas de las Hespérides, Temis y Atenea. También en Olimpia, un Zeus de bronce llevaba la firma de los lacedemonios Aristón y Teletas.

Es raro que si estos escultores eran espartanos y gozaban del renombre suficiente como para trabajar en el principal santuario de Grecia, no pudiera Pausanias, en su descripción de Es-

parta, atribuirles ninguna obra; es más, ni siquiera los menciona.

No se conserva ninguna obra de gran tamaño en piedra o mármol. Quizá las características de la piedra local, que la hacían poco apta para el tallado, contribuyeron al auge de otras técnicas, principalmente el trabajo del bronce.

Los ejemplos más antiguos, todos ellos de pequeño tamaño, representan a diosas. Entre ellas destaca una magnífica cabeza de Olimpia, quizá la de la diosa que presidía el templo de Hera.

Se trata de una escultura muy plana, con un solo punto de vista: el frontal. El pelo está sujeto por una cinta y cae en ondas sobre la frente, en tanto la cabeza se cubre parcialmente con un *polos*. Sus ojos almendrados y muy dibujados y sus labios paralelos y separados preludian ya lo que será la sonrisa arcaica; pero es una sonrisa tímida matizada, muy diferente de la que encontraremos después en Egina o en la misma Olimpia.

De época arcaica tenemos asimismo una serie de relieves de temática religiosa, con figuras masculinas desnudas y musculosas y femeninas con el clásico peplo y, en ocasiones, también con un manto.

Desde mediados del siglo VI abundarán los relieves funerarios de jóvenes pensativos o realizando libaciones y ofrendas, que tan numerosos van a ser después en toda Grecia. El broche de oro de la escultura espartana lo constituye una figura de guerrero labrada en mármol de Paros a la que se suele denominar Leónidas, pese a que ningún dato permite ver en ella al héroe de las Termópilas. Tampoco es completamente segura su fábrica espartana, aunque sí parece, en cualquier caso peloponésica. Con ésta se cierra la escultura lacedemonia, pues no quedan restos de época clásica que podamos atribuir a Esparta.

Bronces

Muy abundantes son, en cambio, los bronces, casi siempre pequeños, en los que se aprecia una evolución desde los tipos geométricos hasta las figuras humanas, muy desarrolladas, en una amplia serie cronológica que va desde el siglo VIII hasta finales del V.

Los más antiguos son figuras de animales (ciervos, aves, caballos, leones, etcétera), pero muy pronto comienzan a aparecer esfinges y animales fantásticos y, ya en el siglo VI, figuras de divinidades (Atenea, Ortia) y adorantes, vestidas con peplos y con ofrendas o instrumentos musicales en las manos. Con ellas *kourois* desnudos o ligeramente vestidos, entre los que destaca un grupo de guerreros armados, verdaderos retratos tipológicos de los hoplitas lacedemónicos; en ellos se aprecia una evolución desde formas duras y geométricas hacia otras más



Figura de bronce representando a un guerrero espartano, realizada en el siglo V a. C.

Broche de bronce en forma de león (siglo VII a. C., Museo de Esparta)



Cabeza de Hera procedente de Olimpia (siglos VII-VI a. C., Museo de Olimpia)

blandas y armoniosas, en consonancia con lo que será el arte griego del siglo v.

De gran interés es también la magnífica serie de grandes cráteras de bronce con asas de volutas y decoración en relieve, relacionadas con un tipo muy similar en cerámica y cuyo origen laconio parece estar fuera de duda.

El friso decorativo suele limitarse al cuello y al hombro del vaso, mostrando figuras de guerreros a pie y a caballo, carros, etcétera. Son poco abundantes en Grecia y relativamente numerosas, en cambio, entre los bárbaros, por lo que se ha sugerido que debieron estar destinadas a

Vaso de Arcesilas (siglo VI a. C., Biblioteca Nacional, París)



la exportación, tal vez como presentes hechos a los reyezuelos que por algún motivo los griegos querían tener a su favor.

La escasa incidencia de Esparta en el comercio exterior griego obliga a pensar que, si efectivamente estos bronces son laconios, su comercialización debió estar en manos de otros griegos, quizá de los corintios, a los que en ocasiones se ha atribuido su paternidad.

Cráteras

No obstante, la semejanza con un tipo de cerámica espartana y el estilo de los bronces que ornan la crátera y el trípode en que ésta se apoyaba parecen confirmar su origen laconio. Los mejores ejemplares están en tumbas de Vix y Trebeniste.

La cerámica fue objeto de exportación y permite establecer las relaciones exteriores de Esparta, al menos en una primera etapa. En este aspecto, como en tantos otros, Esparta sigue las directrices comunes a toda Grecia.

A partir de 575, con la técnica de las figuras negras, se alcanza el punto culminante de la cerámica laconia. Estos vasos se exportaron en grandes cantidades hacia Grecia, Sicilia, Etruria y otros lugares.

Especial interés de cara al comercio exterior tuvo la fabricación de copas para beber vino, la más conocida de las cuales, hoy en el museo del Louvre, muestra al rey Arcesilao de Cirene supervisando el pasaje y almacenamiento de un producto que le es entregado como tributo. Es pieza única en la cerámica griega y su colorido, el *horror vacui* que hace cubrir toda la superficie y la proliferación de animales (monos, pájaros, gatos, lagartijas) la convierten en el arquetipo de la producción laconia.

Raras son, en cambio, las representaciones de dioses olímpicos, aunque no la de temas religiosos y mitológicos (Hércules, Aquiles, Prometeo) ni profanos.

Del mayor interés, porque constituyen un producto característico de Esparta, son una serie de grandes cráteras, a modo de tinajas, con asas rematadas en volutas y profusa decoración ornamental y figurada: carros, escenas guerreras, luchas de hombres y animales, etcétera, que tienen como característica común el ocupar solamente una cara del vaso; la otra permanece lisa y sin decorar.

Parece que se trataba de vasos utilizables como ofrendas funerarias que se colocaban en la tumba — no sobre ella — de manera horizontal, con el lado no decorado en contacto con la tierra. Fitzhardinge cree que se trata de obras de un solo taller, que estuvo en funcionamiento durante unos cien años y que hay que relacionar de alguna forma con los talleres que produjeron las cráteras de bronce de que ya hemos hablado.

Antigüedades de Esparta

Por Antonio Blanco Freijeiro
De la Real Academia de la Historia

EL Museo de Esparta tiene el encanto de los museos griegos de segundo orden. No se apilan en él, como ocurre en Olimpia y en otros, las obras maestras de la antigüedad clásica. No ofrece espaciosas salas ni lo recorren muchedumbres de curiosos. Todo lo que Esparta llegó a ser y a poseer, y de lo que da cumplida cuenta el libro III del Pausanias, está ausente de aquel remanso de paz.

Unos cuantos conjuntos nítidos y vigorosos llaman en seguida la atención del visitante: hórridas máscaras de barro cocido, estelas de piedra con figuras míticas y escenas funerarias, cerámicas, estratigrafías... todo muy limpio y ordenado, cada objeto poniendo de relieve, o contribuyendo a poner, un rasgo peculiar, característico, de lo que fueron los lacedemonios de la vieja Esparta.

La estratigrafía nos habla de ellos en su propio lenguaje y nos remite a gráficos y mapas: cerámica submicénica de Amiclas, a la que se superpone la protolacónica en una evolución de tres siglos. «Así se produjo el paso de la barbarie sin freno a la ordenada *polis* de Esparta entre los años 1100 y 800 a. C.», el mismo mensaje, en otras palabras, que al respecto trasmite Tucídides, el más riguroso de los cronógrafos griegos.

Los dorios

Procedentes de la Grecia central, donde vivían dedicados al pastoreo de ganado menor y sujetos a la trasnumancia, gran parte de las hermandades dorias, arrastradas por el brío y el afán de revancha de unos refugiados micénicos que se consideraban descendientes de Hércules, invadieron el Peloponeso. Su aventura pasará a la historia bajo el título eufemístico de «El retorno de los Heráklidas». Eran semisalvajes, tan dados al nomadeo como al merodeo y la rapiña. Por culpa de ellos, comunidades enteras de la Grecia micénica hubie-





Licurgo, el legislador espartano (representación imaginaria. Museo Arqueológico Nacional, Madrid). Abajo: *Atleta espartana (Museo Nacional, Atenas)*

ron de emigrar. «Hubo un tiempo —dirá luego Tucídides refiriéndose a éste— en que toda la Hélade era en estado de emigración.» Gran parte del Peloponeso quedó a su merced, sin que por eso los dorios se asentasen en moradas estables. Durante trescientos años hicieron lo mismo, vivir del pastoreo y del pillaje, como muchos siglos más adelante habrán de hacer sus parientes, los albaneses, cuando se apoderen por la fuerza del Peloponeso, llamado entonces Morea.

Al cabo de varias generaciones, educados y estimulados por los recitales de los aedos que cantaban las gestas de los héroes del pasado micénico, muchas de cuyas tumbas se hallaban en su territorio —canciones elaboradas por los jonios a quienes ellos habían obligado a emigrar a las islas del Egeo y al litoral de Asia—, los dorios adquirieron conciencia de su ser y de su responsabilidad, se hicieron sedentarios y comenzaron a vivir de modo civilizado. Aleccionados por Licurgo, el más inspirado de los legisladores, entraron en la fase de la *eunomia*, del vivir conforme a la ley. No pasaría mucho tiempo antes de ser reputados, a ojos de los demás griegos, por los más religiosos y tradicionalistas de todos ellos.

Apolo de Amiclas

Si como exponentes del comienzo de la *eunomia* se pueden poner los más arcaicos santuarios laconios, la arqueología confirma plenamente los datos de la tradición. En estas vitrinas del Museo de Esparta nos es dado comprobarlo. El culto de Atenea *Poliuchos* —«ciudadana», equivalente a la *Polías* de Atenas— está acreditado por los hallazgos cerámicos de la acrópolis de Esparta a partir del siglo VIII a. C., pero no antes.

Algo más antiguo pudiera ser, en cambio, el culto de Artemis Ortia en el Limneon, donde aparecen tiestos de vasos del protogeométrico laconio, seguidos de mucho geométrico del 800 en adelante. La fecha del 800 a. C. se manifiesta, pues, asiduamente, como el momento crucial en que la religiosidad espartana se establece en las que habrían de ser sus sedes más célebres en época clásica.

Sus sedes más célebres, dejando a salvo, naturalmente, la del Apolo de Amiclas. *Apellon,* como los dorios llamaban al Apolo de todos los griegos, absorbió en Amiclas a ese dios ubicuo de la vegetación que en el mundo cretomicénico recibe multitud de nombres y acepciones, y que aquí, en el Peloponeso, mucho antes de la dominación de los dorios, se llamaba Hyákinthos.

El relevo se efectuó con cierta dosis de fantasía. Hyákinthos fue convertido en amigo y compañero de juegos de Apolo. Un día en que ambos se ejercitaban en el lanzamiento de disco, Hyákinthos no pudo resistir la impaciencia y se precipitó a recoger el disco que Apolo había lanzado. Entonces sobrevino la desgracia: el disco fue repelido por la tierra con tanto ímpetu, que alcanzó al muchacho en la cara causándole la muerte. De nada valieron

Dos tazas de oro procedentes de Vaphio, siglo XV a. C., con escenas de caza y doma de toros bravos (Museo Nacional de Atenas)

los esfuerzos de Apolo por salvarlo; pero el dolor y el remordimiento del dios obraron el prodigio de que la sangre que caía del rostro del herido hiciese brotar de entre las hierbas una flor, una flor roja que vuelve todas las primaveras, «cuando Aries sucede al acuoso Piscis», y que parece llevar escritas las letras AI, AI, de los ayes con que Apolo lloraba la muerte de Hyákinthos, en español Jacinto. (Ovidio, *Metamorfosis,* X, 162 ss.)

A Pausanias esta historia de la flor le sonaba a cuento de hadas, pero alude a ella al final de su relato del santuario. Lo más llamativo de éste era un enorme trono de bronce, que hacia el año 550 a. C. había hecho un gran artista, Baticlés de Magnesia. Su descripción le ocupa al Periegeta tres páginas de su libro y eso que advierte: «Describir los relieves uno por uno sólo serviría para aburrir a mis lectores». El tenor de la descripción es el siguiente: «Hermes está llevando a las diosas ante Alejandro para que éste las juzgue. Adrasto y Tideo presencian la lucha entre Anfiarao y Licurgo, hijo de Prónax. Hera está mirando a Io, hija de Inaco, que ya es una vaca, y Atenea escapa de Hefesto que la persigue...» (Paus. III, XVIII, 12-13).

En medio del trono, pero de pie, estaba la estatua del Apolo de Amiclas, famosa y venerada como pocas. «No sé de nadie que haya medido la altura que alcanza, pero a simple vista se diría que llega a los treinta codos —dice Pausanias en el lugar citado—. No es obra de Baticlés, sino arcaica y hecha sin arte, pues si bien tiene cara y manos y pies, lo demás parece una columna de bronce. Lleva un casco en la cabeza y un arco y una lanza en las manos.»

El relato revela la poca sensibilidad de Pausanias para la iconografía arcaica, achaque muy común a los autores antiguos. Otro de ellos se mofará: «los efesios tienen un leño en lugar de Diana, los pesinuntinos un pedrusco por la Madre de los Dioses, los samios un tablón en lugar de Juno...» (Arnobio).

¡Qué no daríamos hoy por uno de esos que ellos consideraban ídolos aberrantes!

Pero sigamos con el relato de Pausanias:

«El pedestal de la estatua (de Apolo) está conformado como altar. Y afirman que Hyákinthos está enterrado en él. El caso es que en la fiesta de las Hyákinthias, antes de sacrificar a Apolo, hacen en este altar ofrendas a Hyákinthos propias de un héroe, y para esto usan una puerta de bronce que está a la izquierda del altar...» (sigue descripción de los relieves de éste [Paus. III, XIX, 3]).

Amiclas, que debió de ser linda ciudad en época micénica, fue asolada por los dorios y reducida a una aldea que vivía más de su pasado que de su presente. En ella vio Pausanias, además de lo dicho, un santuario y una efigie de Alejandra, tenida entre los amicleos por Casandra, la hija profetisa de Príamo, y una estatua de Clitemnestra, junto a la que era tenida por tumba de Agamenón.

Tradición propia y legado ajeno, de los aqueos o micénicos. Por una parte, los dorios llevaron a Laconia sus propios dioses, dioses pastoriles como Apolo Karneios, de formas humanas pero cuernos de carnero, y como Hera Tragóphagos, comedora de cabras, según su nombre indica; dioses guerreros, como Enyalios, especie de *Mars Italicus* a quien los efebos espartanos, como hacía el ejército macedónico en la otra punta del mundo helénico, sacrificaban perros como rito catártico, para limpiar la polución de la sangre vertida en sus correrías.

Si sus dioses ancestrales eran éstos, también hubieron de asumir los dorios la herencia micénica, cuyas pavorosas huellas se hallaban presentes en forma de tumbas y de edificios en ruinas. Las deliciosas tazas de oro de la tumba de Vaphio, expuestas en el Museo de Atenas, con sus escenas de captura y doma de toros bravos, nos hablan hoy a nosotros de los que fueron esplendores de Laconia en la era micénica. Detrás de las tazas de oro sabemos que estaban príncipes y potentados como los legendarios regidores de Esparta, Tíndaro y Menelao, Cástor y Pólux, Clitemnestra y Helena, reputada por la mujer más hermosa que jamás haya existió, héroes y heroínas de una Esparta que aún no era la de los dorios, sino de la de los aqueos.

Las referencias que Pausanias hace a una estatua de Clitemnestra existente en Amiclas —vaya usted a saber qué estatua, a lo mejor una simple columna o un bulto parecido a uno de estos relieves de parejas como Agamenón y Clitemnestra y Menelao y Helena que el Museo de Esparta nos ofrece— o las citas concretas de una tumba considerada de Agamenón, de una casa que antaño había sido la de Menelao, etc., significan que Esparta había asumido aquel legado y que se ufanaba del mismo como de todas sus glorias nacionales, sus muchos campeones olímpicos, sus reyes, siempre divinizados y heroizados (y muchas veces con sobrados méritos para que así fuese).

Las mansiones abandonadas, en ruinas, y en mayor grado aún las tumbas megalíticas fomentaron en Grecia el culto a sus dueños legendarios. Poco importaba que aquéllos hubiesen sido buenos o malos, nobles o truhanes; lo importante era el aura misteriosa que parecía emanar de sus sepulcros y cuyo contacto vivificaba y conmovía.

Así nacieron en Esparta los cultos al linaje de Tíndaro, al que pertenecía Menelao por su boda con Helena, y muy en particular a ésta y a sus hermanos Cástor y Pólux. Helena, como ha demostrado Chapouthier, tuvo gran relieve en los cultos locales (muchas estelas la recuerdan), pero sus dos hermanos gemelos, los Dioscuros, no sólo alcanzaron una difusión universal en el mundo griego como auxiliadores en las tribulaciones de la tierra y del mar, identificados con los Cabiros del aire y de los astros, sino que llegaron a ser penates de Roma, a la que aun hoy presiden desde los altos del Capitolio y del Quirinal.

Artemis Ortia

Las máscaras de barro cocido, con los ojos perforados y por tanto trasuntos de verdaderas máscaras de madera, cuero u otro material ligero, pro-

vienen del más reverenciado y célebre de los santuarios de Esparta, el de Artemis Ortia (R. M. Dawkins, *The Sanctuary of Artemis Ortia at Sparta,* Londres, 1929). Allí, en el Limneon, se rendía culto desde tiempo inmemorial, antes de que la escritura estuviese en uso, a un tosco ídolo de palo, no muy grande, que según la tradición, habían traído los hermanos Orestes e Ifigenia, hijo e hija de Agamenón, desde la Tauris asiática, donde Ifigenia, como sacerdotisa y protegida de Artemis, lo tenía bajo su custodia.

Cuando los ingleses excavaron el santuario y se encontraron con esta cantidad de máscaras, se llevaron una sorpresa mayúscula. Uno puede contar con máscaras en una sociedad primitiva o salvaje, que contemple el susto, el horror y la crueldad como manifestación o atributo de la divino. En Grecia misma las máscaras desempeñaban ciertos cometidos importantes, sobre todo en el culto de Diónysos, el dios-máscara por excelencia, y también en los espectáculos teatrales, donde el mito se hacía realidad, es decir, donde unos actores asumían la personalidad y el físico de Hércules, de Agamenón, de Edipo y demás héroes de un pasado muy remoto y que los espectadores sabían que no estaban allí.

Pero aquí no se trataba de eso, sino de mascaritas como de niño, o más pequeñas aún en su mayoría: cabezas de guerreros con casco, rostros de sátiros, de gorgonas y sobre todo de viejos y viejas arrugadas y desdentadas. ¿Cómo conciliar estos horrores con la belleza inmarcesible de Artemis, la casta diosa de la caza, justamente considerada como la diosa más querida y respetada por todos los griegos? Los excavadores de yacimientos cartagineses, como Utica, Ibiza y la misma Cartago, estaban acostumbrados a tropezarse con estas máscaras grotescas y bestiales, contaban con ellas por así decirlo, pero en la austera y comedida Esparta...

Artemis era, en efecto, diosa de la caza, señora de los animales, *potnia therón,* según la llama Homero. Su dominio natural se encuentra en las praderas, en los bosques, en las montañas, en los largos arenales costeros, lejos siempre de los caseríos y de los campos cultivados. Sus imágenes más veneradas se tienen por caídas del cielo en algún paraje remoto. Dice Pausanias que a la de la Ortia se la llamaba también Ligodesma «porque fue encontrada en un mata de juncos que envolviéndola mantenían de pie a la imagen».

Artemis gusta de la sangre. Su altar del Limneon se rociaba de sangre humana que los efebos espartanos se prestaban a derramar sometiéndose al suplicio de la flagelación. Esto no contradice su calidad de protectora de los animales y de sus crías, especialmente de sus crías, y también de las crías humanas. Artemis es *kourotrophos,* nodriza, criadora del niño y de la niña desde la cuna a la edad núbil, en que el varón entra en el gremio de los ciudadanos y la joven contrae matrimonio.

La educación de la juventud espartana comprendía ritos en los que la *mímesis,* la imitación de muy variados caracteres, contradictorios incluso, desempeñaba un cometido esencial. En ese contexto adquieren su sentido los disfraces y las máscaras del santuario de Ortia. Con ayuda de ellas el joven espartano podía asumir papeles que estaba obligado a saber desempeñar y superar antes de que su educación le permitiese ser admitido entre los «Iguales» (F. Frontisi-Ducroix, J. P. Vernant, «Divinités au masque dans la Grèce ancienne», en *Le masque. Du rite au théatre,* París, 1985, p. 19 ss.).

Bibliografía

Alsina, I., *Comprender la Grecia clásica,* Barcelona, Teide, 1983. Bermejo, I., *Introducción a la sociología del mito griego,* Madrid, Akal, 1979. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo antiguo,* Barcelona, Bruguera, 1981. Dodds, E. R., *Los griegos y lo irracional,* Madrid, Alianza, 1985. Finley, M. I., *La Grecia primitiva,* Barcelona, Crítica, 1983. Finley, M. I., *Aspectos de la Antigüedad,* Barcelona, Ariel, 1975. Finley, M. I., *Los griegos de la Antigüedad,* Barcelona, Labor, 1984. Finley, M. I., *El legado de Grecia,* Barcelona, Crítica, 1983. Grimberg, C., *Grecia,* Barcelona, Daimón, 1982. Heurtley, W. A., y otros, *Breve historia de Grecia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1969. Hornblower, S., *El mundo griego,* Barcelona, Crítica, 1985. Lloy-Jones, H. (editor), *Los griegos,* Madrid, Gredos, 1974. Martín, R., y Metzger, H., *La religión griega,* Madrid, Edaf, 1977. Mosse, C., y otros, *Clases y conflictos de clases en la Grecia antigua,* Madrid, Akal, 1979. Petrie, A., *Introducción al estudio de Grecia,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, Istmo, 1975. Vermeule, E., *Grecia en la Edad del Bronce,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964. Vernaut, J. P., *Mito y sociedad en la Grecia antigua,* Madrid, Siglo XXI, 1982. Vidal-Naguet, P., *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego,* Barcelona, Península, 1983.